

MEDIACIÓN COMUNITARIA: UN ENFOQUE INTEGRADOR

MARA MORELLI*

Palabras clave: mediación comunitaria - enfoque integrador - reconocimiento.

1. La contextualización

El período histórico que estamos viviendo en Italia induce a una profunda reflexión: por un lado vivimos en un país entre los más desarrollados del mundo o, por lo menos, que se considera tal al formar parte del G8; por otro, los populismos y los episodios xenófobos cada vez más frecuentes parecen apuntar a una involución del ser humano hacia condiciones brutales y casi bestiales.

A 80 años de la promulgación de las llamadas leyes raciales en Italia y a 70 de la entrada en vigencia de nuestra Constitución, aspectos que podrían parecer muy poco pertinentes con nuestras temáticas, creo que, en cambio, resultan muy relevantes para enmarcar nuestras afirmaciones y acciones en un encuadre y una memoria histórica realista.

Por eso, quisiera empezar con algunos datos que bien conocemos, pero que a menudo olvidamos. Datos de ACNUR demuestran que:

... el 85% de las personas desplazadas se encuentran en países en desarrollo, 68,5 millones de personas en todo el mundo se

(*) Doctora de investigación en Traducción e Interpretación (Universidad de Granada), con una tesis sobre la resolución de la ambigüedad en la interpretación simultánea español-italiano. Actualmente, investigadora en el Departamento de Lenguas y Culturas Modernas de la Universidad de Génova. Autora de más de cincuenta trabajos entre ponencias presentadas en congresos, artículos de revistas y libros (tanto coordinados como monográficos). Con Danilo De Luise ha coordinado cuatro volúmenes de mediación: *Tracce di Mediazione*, Monza, Italia: Polimetrica, 2010 (a punto de salir en castellano con el título de Huellas de Mediación, por la editorial Zona); *Mediazione tra passi e cultura: oltre i risultati di una ricerca*, Monza, Italia: Polimetrica, 2010; *La mediazione: una via verso la cultura della pace e la coesione sociale*, Lecce, Italia: Libellula, 2011; y *La mediazione comunitaria: un'esperienza possibile*, Lecce, Italia: Libellula, 2012.

han visto obligadas a huir de sus hogares. Entre ellas hay casi 25,4 millones de personas refugiadas, más de la mitad menores de 18 años. Además, se estima que hay 10 millones de personas apátridas a quienes se les ha negado una nacionalidad y acceso a derechos básicos como educación, salud, empleo y libertad de movimiento.

Por otro lado, tenemos el marco general de los Objetivos de Desarrollo Sostenible de la Agenda 2030 que podrían ayudarnos no solo a ganar proyectos y dinero sino también a reflexionar cómo, si los repasamos rápidamente, nuestras intervenciones de mediación o acciones comunitarias sí pueden hacer la diferencia en materia de igualdad de género, reducción de las desigualdades, paz, justicia e instituciones sólidas, alianzas para lograr los objetivos y muchas otras que no tenemos el tiempo de encarar.

Por eso pensamos que también en la concepción de mediación urge un enfoque integrador.

2. Qué entendemos por enfoque integrador

La inspiración que tuvimos nos vino de la inauguración del I Congreso Mundial de Mediación –realizado en Hermosillo, en 2005–, cuando el Dr. Pesqueira Leal se refirió a la mediación recordando que no podía solo considerarse una técnica sino también, y primeramente, un estilo de vida. Quizá resulte repetitivo afirmarlo hoy después de haberlo escrito tantas veces en estos años en nuestras publicaciones, pero creemos que justamente el momento que estamos viviendo nos debe empujar a que no perdamos de vista este encuadre y orientación general. Se celebró un foro en este mismo Congreso que se titulaba “Comunidad y ciudadanía: empoderamiento ciudadano”; sabíamos que era “el de la comunitaria”, pero creo que era la primera vez que no aparecía de manera patente la denominación “mediación comunitaria” y nos pareció que esto suponía un avance. Una ampliación de horizontes que, una vez más, pensamos que se debe a una evolución histórica de nuestra disciplina y de las coyunturas sociales, económicas e históricas que estamos viviendo.

En un trabajo reciente, Carlos Giménez (2018) afirma que la mediación comunitaria puede ser muy abarcadora y presenta una concepción más restringida y otra más ampliada: “Parto de la conveniencia de combinar una concepción restringida y otra ampliada de mediación. A mi entender, la concepción que llamo restringida, esto es, la fórmula veterana y clásica de que la mediación es una metodología (o sistema, planteamiento, procedimiento, práctica) alternativa de resolución de conflictos, sigue siendo útil, entre otras cosas porque es cierta y es compartida, lo cual es valioso” (p. 166). Si es compartida ya es mucho porque nos ayuda a reconocernos en una comunidad, sea esa de práctica, de profesionales, de estudiosos, etc., pero siempre en una realidad sociocultural concreta con la que nos identificamos, por lo menos bajo algunos aspectos y facetas. Este el primer paso.

Sin embargo, el mismo autor nos invita a ir un poco más allá, con una concepción más abarcadora. Según Giménez, en una línea de ampliación, la mediación se entiende como camino hacia la gestión pacífica, positiva y participativa (las tres P, según el mismo autor) de la conflictividad, no solo para solucionar sino también para prevenir, regular y transformar. Además: “La segunda línea de ampliación sitúa la mediación más allá de la conexión directa con la categoría de conflicto. Dicho de otra manera, la mediación como vía facilitadora del cambio y cohesión social” (Giménez, 2018, p. 166). Con eso no queremos apuntar a que la mediación comunitaria tiene que englobar a todas las demás (familiar, intercultural, social, etc.) para que desaparezcan, sino que puede ser un “contenedor” lo bastante amplio para que, a lo largo de un proceso comunitario, hecho de diferentes acciones, intervenciones y etapas, se reconozca la necesidad, en un momento dado, de sesiones de mediación familiar o bien de facilitaciones interlingüísticas o aun de diálogos interculturales, de círculos restaurativos, y un largo etcétera.

Se trata de crear momentos y ocasiones de encuentro y desencuentro donde se pueda entablar un auténtico diálogo dialéctico (vélgase el juego de palabra) que suponga primeramente un continuo mediar entre pertenencias e identidades diferentes. Un diálogo que conlleve la posibilidad de obtener reconocimiento(s). De hecho, un gran maestro y antropólogo italiano, Francesco Remotti, nos ayuda a entender la complejidad y los riesgos que la falta de reconocimiento puede poner en marcha:

El oxímoron de considerar la identidad como algo siempre idéntico, no cambiante, cuando es una de las realidades más cambiantes de nuestra existencia [...] o bien considerarla caracterizada por un núcleo (tanto biológico, como psicológico, histórico o un conjunto de todos) del que automáticamente brota la alteridad, visto como una amenaza, como algo que provoca alteración y, por consiguiente, una especie de riesgo y de peligro⁽¹⁾

Volviendo a la mediación comunitaria, consideramos que solo con un trabajo constante de sensibilización respecto de la mediación en sus concepciones más “altas” (en el sentido también de más abstractas), podremos intentar llegar a tener un terreno abonado sobre el que sembrar las semillas de la mediación más “concreta” en el sentido de proyectos específicos, herramientas y técnicas. Estamos yendo un poco más allá de la dimensión donde el proceso triádico es lo más importante.

De hecho, otro maestro, Juan Carlos Vezzulla, nos recuerda que la mediación o es comunitaria o no es. Lo citamos:

Toda mediación es comunitaria porque, aunque solo sea en el procedimiento limitado a dos personas, la emancipación que ellas consiguen al poder apropiarse responsablemente de sí

(1) Material didáctico, Génova, 15 de junio de 2016.

mismas y de las cuestiones relacionales entre ellas produce un efecto emancipador en la comunidad. Por este motivo, para mí, toda mediación tiene una concepción comunitaria, social (Vezzu-lla, 2018, p. 318).

Es la concepción general que tiene que ser comunitaria; no creemos que sea tan relevante, en el cuadro histórico en el que estamos viviendo, hacernos la guerra entre los mediadores para encasillar la mediación en meras especializaciones. Pensamos que un reajuste y una reconceptualización de la mediación comunitaria, como las que nos proponen numerosos expertos en el volumen coordinado por Nató, Montejo Cunilleras y Negredo Carrillo (2018), del que sacamos inspiración también para escribir estas páginas, puede brindarles un espacio y una dignidad a todas las especialidades de la mediación y a varios perfiles de mediadores, sean ellos profesionales, expertos, “naturales” o *ad hoc* (para un primer bosquejo, véase Giménez, 2018, pp. 168-169). A lo largo del volumen arriba citado vuelven cuestiones y cuestionamientos emergentes de cómo la mediación comunitaria debe considerarse un proceso y no un producto, de cómo la consecución del acuerdo no es el objetivo prioritario de la mediación comunitaria, de cómo es conveniente hacer un trabajo diagnóstico previo y evitar aceptar trabajar en la emergencia (donde sea posible), y de cómo la mediación comunitaria va mucho más allá de la intervención en el caso de conflictos vecinales. El volumen, aún con cierta mayoría de perfiles de profesionales del mundo educativo y de la abogacía (no hay que olvidar que implicó a muchos/as compañeros/as argentinos/as), deja bien clara la necesidad de superar una visión de la mediación comunitaria como enganchada al sistema del Poder Judicial y reivindica la importancia de perfiles trans e interdisciplinarios.

Y de manera interdisciplinaria es importante que sigamos trabajando y estudiando sobre todo lo que menos conocemos y no especializándonos cada vez más donde ya somos o nos consideran expertos.

Sin embargo, una renovación y remodelación de la concepción general de mediación comunitaria necesitará un trabajo tanto teórico como práctico. Y aquí tocamos, aunque superficialmente por razones de espacio, otro tema candente: la aparente dicotomía entre teoría y praxis.

3. Hacia una reconciliación de la teoría con la praxis

En Europa, a veces, hablar de teoría se ha convertido casi en una palabrota, con consecuencias muy arriesgadas según nuestro parecer. Consideramos esencial estudiar, profundizar, leer, y no solo proyectar diapositivas, digerir un libro leyendo su sinopsis, realizar una actividad para conseguir un crédito, no simplemente sintetizar doscientas páginas en unos apuntes sin haber leído las fuentes primarias ni solo comunicar tuiteando. Estos medios (comunicación a distancia, redes sociales, presentaciones visuales atractivas) ayudan, pero son peligrosos si se convierten en la única forma, o casi, de comunicar. Abundan las fuentes y los estudios desde este punto de vista: basta con pensar que una búsqueda en Google Scholar con el sintagma “comunicación virtual y

riesgos, y limitada a documentos a partir de 2017, excluyendo las citas, arroja más de 15.000 resultados, a primera vista, pertinentes con lo que acabamos de afirmar y llevados a cabo principalmente con jóvenes y en el ámbito educativo. En un reciente artículo de una revista italiana leíamos lo siguiente: “*La gente non vuole leggere la notizia, ma vederla*” (Fittipaldi, 2018, p. 34).

El bombardeo de información y las píldoras de conocimiento no ayudan la reflexión y la reflexividad que creemos ser ingredientes básicos del trabajo de mediación o de intervención comunitaria dirigido, como desgraciadamente seguimos escuchando o leyendo en los proyectos, a “ayudar” a las personas que se encuentran en una situación conflictiva. Empezar a pensar que quizá hagamos eso para ayudarnos a nosotros mismos o para sentirnos una ayuda tal vez pueda orientarnos hacia una visión más emancipadora de la mediación. Trabajamos en mediación porque creemos en eso y porque, como nos recuerda Nató: “Planteo cada vez con mayor certeza que para comprender la mediación comunitaria –tanto en lo vecinal como en lo social– debemos hacer una matriz de doble entrada donde la teoría y la práctica sean parte del mismo proceso” (2018, p. 234).

4. La corresponsabilización de los mediadores y de los mediados: hacia una emancipación utópica o real

En nuestra experiencia, demasiado a menudo agregaríamos, el acento se pone en los mediados. Según nuestra concepción, todos los implicados, incluyendo a los propios mediadores, tienen que tener bien claro que tienen una fuerte responsabilidad, algo que a veces tiene mucho que ver con el concepto del poder y del protagonismo. Cuestionarnos continuamente, cuestionar a los demás, pero sin destruirlos, ayudar a crear una nueva realidad, un nuevo orden a partir del desorden. Sin corresponsabilidad es difícil conseguir emancipación. Por otro lado, en nuestra experiencia, es realmente complicado construir una relación donde las personas que participan en un proceso comunitario que sigue los ingredientes esenciales de la mediación se emancipen realmente de nosotros, entendidos como el equipo de mediación. El tema del empoderamiento es una palabra mágica para ganar un proyecto, pero luego hay que conseguirlo de verdad, aterrizarlo en la realidad.

Por otro lado, compartimos totalmente con Juan Carlos Vezzulla (2018) lo siguiente: “El desafío de la mediación estaría claramente delimitado en poder promover la reflexión que les permita emanciparse de tutelas y prejuicios para ejercer la ciudadanía participativa y responsable, para atender sus propios problemas y resolverlos, sin que eso se establezca como un ejercicio liberal más al servicio de la ideología hegemónica” (p. 315).

El ser reflexivo y autorreflexivo, en un trabajo de mediación comunitaria entendida como proceso, consigue aprovechar todas las ocasiones de formación, de sensibilización y de capacitación, para cuestionarse, concientizarse, llevar a cabo una especie de “*download*” de material (mental, emocional, etc.), no

solo para dejarlo en un cajón o arrinconarlo, sino para compartirlo, recuperarlo, trabajarlo, conjuntamente. A estos temas dedicamos muchos momentos de autoformación; en nuestra asociación, por ejemplo, lo hacemos de una doble manera: por un lado, construyendo la memoria histórica de la asociación, su currículum, su rostro más “objetivo”: empezamos las autoformaciones con la ficha de un proyecto, tanto en curso de realización como acabado, muy sintética, redactada según del esquema y el lenguaje que nos requieren a menudo las convocatorias.

Sin embargo, luego, se presenta el rostro más “subjetivo” y “humano” del proyecto, o mejor dicho, lo presentan, al relatarlo, quienes están trabajando o trabajaron en él, y ahí se puede notar, incluso entre supuestos pares iguales, la enorme diferencia de percepciones, actitudes y aptitudes, de estilos comunicativos, de recuerdos, de énfasis en un aspecto u otro. Una experiencia que nos convierte en seres autorreflexivos en el caso de haber participado en primera persona en el proyecto con cualquier tarea que fuera y que, por otra parte, ayuda a quienes se acercan a la asociación o tienen que recuperar formación y capacitación, para evitar aprender solo de los libros, pero también lanzarse a la arena sin estar preparados. Inútil decir que suele costar mucho más mediar percepciones, actitudes y estilos comunicativos al relatar la experiencia por parte de los mediadores que redactar la ficha sintética y objetiva. Pero también huelga decir que, a la vez, a lo largo del proceso, es este aprendizaje continuo que nos convierte en personas más maduras, conscientes y emancipadas.

Referencias bibliográficas

- Fittipaldi, E. (2018). Il Ministero della Propaganda. *L'Espresso*, pp. 34-37.
- Giménez Romero, C. (2018). Trabajando en mediación comunitaria. Reflexiones, experiencias y propuestas. En A. Nató, L. Montejo Cunilleras & O. Negrero Carrillo (Eds.), *Mediación comunitaria. Recorridos, sentires y voces en tiempos de cambio* (pp. 159-172). Buenos Aires: Editorial Astrea.
- Muñoz Cruz, H., Morelli, M., & De Luise, D. (Eds.). (2018). *Reflexiones sobre procesos de mediación en comunidades multilingües*. México DF: Tirant lo Blanch.
- Nató, A., Montejo Cunilleras L., & Negrero Carrillo, O. (Eds.). (2018). *Mediación comunitaria. Recorridos, sentires y voces en tiempos de cambio*. Buenos Aires: Editorial Astrea.
- Nató, A. (2018). La mediación comunitaria: hacia la construcción de nuevos saberes. En A. Nató, L. Montejo Cunilleras & O. Negrero Carrillo (Eds.), *Mediación comunitaria. Recorridos, sentires y voces en tiempos de cambio* (pp. 233-242). Buenos Aires: Editorial Astrea.
- Vezzulla, J. C. (2018). Mediación comunitaria, más allá de un instrumento. En A. Nató, L. Montejo Cunilleras & O. Negrero Carrillo (Eds.), *Mediación comunitaria. Recorridos, sentires y voces en tiempos de cambio* (pp. 313-318). Buenos Aires: Editorial Astrea.